

En Broadway fue nuestro sentido latinoamericano lo que nos apoyó para no desfallecer: Nacha Guevara

► Actuará desde el 8 de febrero en el Teatro de la Ciudad

Fernando de Ita

Cuando el próximo ocho de febrero se abra el telón del Teatro de la Ciudad, Nacha Guevara aparecerá como ese personaje extravagante que conocimos hace tres años, pero enriquecida y transformada por el viaje emprendido desde entonces al interior de sí misma y al exterior del mundo.

Aventura a la que fue materialmente lanzada —junto con Alberto Favero, sus tres hijos y el perro— por la bomba que estalló en el teatro de la ciudad de Buenos Aires, la noche de 1976 en la que Nacha y Favero reestrenaron en Argentina el espectáculo que en 1973 tuvo un éxito sin precedentes: *Las mil y una nachas*.

A una de las cuales tenemos enfrente, declarando que es precisamente la diversidad de mujeres que es ella sobre el escenario, la virtud fundamental del espectáculo *tan sui generis* que se comenzó a gestar en Buenos Aires en 1966 y alcanzó su culminación en diciembre de 1978, cuando Nacha y Favero se convirtieron en los primeros artistas de lengua española que presentaron un espectáculo de teatro musical en uno de los más prestigiosos escenarios de Broadway.

De Buenos Aires a Nueva York hay, en el itinerario de Nacha y Alberto, algunos pun-

tos clave, como el del Instituto Ditela, en el que Nacha comenzó su carrera y donde se preparó para formar parte del movimiento artístico que se estaba dando a mediados de los sesenta en Buenos Aires, dentro del terreno artístico.

"Se dio entonces —recordó Nacha— una interrelación muy interesante entre actores, músicos, escritores, pintores, todos buscando una manera más personal de expresión, un nuevo lenguaje y un contenido más sustancial, al margen del espectáculo establecido, a los grandes medios de difusión".

"Los primeros espectáculos de este tipo se hicieron en casas particulares. Enseguida surgió la posibilidad del *café concert*, luego los teatros, los discos. Ahí comenzaron músicos como Mercedes Sosa, Facundo Cabral y comediantes como Perciavalle y Gasalla, logrando un extraordinario apoyo del público, a cuyo interés y entusiasmo se debió el éxito del grupo sin grupo que eramos todos".

Pero no fue fácil el camino, porque cuenta Nacha que el principio le llevó un año estar encima de un núcleo de escritores para lograr apenas 12 canciones con las que formó uno de sus primeros espectáculos, en el que ya se apuntaba la diversidad de in-

tenciones que surgían de un solo personaje: Nacha Guevara.

Ella pasó por varias fases para afinar esa figura tan especialmente vestida de hombre que llena con su sola presencia el escenario. (generalmente desnudo, pues no hay más que un piano en el que está sentado un músico que, ocasionalmente, además del piano, toca el violín).

Así, el espectáculo de Nacha es ver qué tantas nachas salen de esa mujer ligeramente desquiciada que se va transformando en clown, cantante de ópera, señora de casa, mujer de mundo, actriz de teatro, mujer latinoamericana.

Y todo este "muestreo de las posibilidades de una intérprete" —como le llamó Nacha—, es para que el público se divierta, porque para la artista lo único que no se le puede perdonar a una espectáculo es que sea aburrido: "Mi espectáculo está hecho sin prejuicio alguno, tratando de mostrar la vida de varios lados y procurando dar todos los registros que puede alcanzar mi instrumento de trabajo, que soy yo misma".

La identificación entre la Nacha personaje y la Nacha mujer de todos los días es difícil de delimitar porque su vestuario, por ejemplo —juz-

gado por los gringos como una mezcla entre Marlen Detrich y Charles Chaplin—, nace de un concepto muy personal sobre la ropa, que para Nacha es una expresión cultural y una manifestación individual de gran importancia.

Favero está de acuerdo con ella en que la moda es un refinamiento que debe recuperarse sin vergüenza, recordando que en este continente hay antecedentes de ese refinamiento cultural en los indios americanos. Por eso Nacha se altera un poco cuando le decimos que se antojaba un poco contradictorio que dos artistas que se presentaron en Nueva York cantando poemas de Martí, se vieran en las gráficas que registraron el evento tan elegantes y como en el mismo juego de glamour característico del Jet Set con el que salieron retratados.

"Cuando nos presentamos en Broadway, era nuestro sentirnos latinoamericanos lo que nos apoyaba para no desfallecer, para no fallar. Sentíamos la responsabilidad de mostrarle a ese público la cara artística de nuestro continente que no conocen, que vieran que el talento no es privilegio de alguien sino patrimonio de todos y que nosotros somos más refinados que todos ellos juntos".

Por lo pronto ella sí que lo es dentro y fuera del escenario, donde luce encantadora y tranquila, paz que, nos dijo, alcanza cuando viene a México en donde tiene entrañables amigos y país al que considera otro de los puntos claves de su itinerario.

"Aquí aprendí a ser solidaria en virtud de la gran solidaridad que recibimos cuando salimos por primera vez de Argentina —amenazados de muerte por la triple A—. Aquí conocí lo que es la emotividad más profunda, a partir de la emotividad que tienen ustedes". Tanta le pareció a Nacha esa emoción que dijo:

"El silencio que crea el público mexicano no se parece a ningún otro silencio, es algo estremecedor, emotivo, emocionante". Dicho esto en respuesta a la suposición del reportero en el sentido de que en su primera visita a México no alcanzó el éxito que se merecía porque no en todas partes se entendió cabalmente la intención de su espectáculo.



"En México me siento tranquila" dijo Nacha Guevara, y se nota. (Fotos de José Luis Rocha).



Alberto Favero, el compañero de vida y escenario de la artista argentina.



Nacha Guevara debutará el próximo jueves en el teatro que construyó Esperanza Iris, a sus espaldas.